

Enrique supuso que al saberlo la marquesa y su hermano dueño de la obligación, se pondrían más dóciles. Se equivocó, y furioso el soberano con tan obstinada resistencia, mandó continuar el proceso con actividad.

A los pocos días el primer presidente Aquiles de Harlay, acompañado de dos consejeros, se presentaba en la Bastilla, y hacia comparecer ante sí al conde de Auvernia para interrogarlo. El conde negó todos los hechos que se le imputaban: dijo que sus relaciones con España habían sido autorizadas por el rey, el cual durante su enfermedad había facultado á la marquesa y su hijo para retirarse á Cambray, ocupado entonces por los españoles, y presentó el documento que lo comprobaba. En cuanto á Enriqueta de Entragues, se negó á responder á las preguntas que se le hicieron. Su conducta sin embargo, no podía salvarlo, en razón de que aun prescindiendo de las pruebas escritas, obraba en su contra la confesión explícita de su padre, y en consecuencia fueron sentenciados por el parlamento los dos condes á ser decapitados, y la marquesa de Verneuil á reclusión perpetua en un convento.

El conde de Auvernia y su hermana oyeron la notificación del fallo, sin manifestar otro sentimiento que su indignación.

—El traidor en este negocio,—esclamó la marquesa,—el hombre sin fé, el padre sin entrañas, es el rey!

Y como después de la notificación se le insinuó que seguramente alcanzaría su perdón y el de su hermano, si lo solicitaba, contestó que no lo haría, y que moriría con gusto, cierta de que los remordimientos del rey no tardarían en vengarla. Pero su resolución desapareció, en cuanto se le dijo que el rey había dado orden de quitarle á su hijo, prohibiendo que la acompañara en el convento. El amor materno hizo lo que no habían podido lograr, ni las súplicas, ni las amenazas, ni la perspectiva del último suplicio. Enriqueta escribió, pues, á Enrique, y le pidió la vida y la libertad para su hermano y para ella.

Esta sumisión, tan deseada y tan tardía, causó á Enrique IV más júbilo que ganar una batalla; y al punto se otorgó pleno indulto al conde de Entragues, que contaba ya con la palabra del monarca, y á la marquesa de Verneuil: respecto del conde de Auvernia, la sentencia de muerte se conmutó en prisión perpetua. Creyóse que con tal disposición se reservaba el rey un arbitrio para una completa reconciliación con la marquesa; pero la suposición era equivocada, pues á pesar de que Enriqueta conservó todo su imperio sobre el corazón de su coronado amante, y de que se dió maña para hacerse pagar sus favores al mayor precio posible, jamás pudo obtener que su hermano recobrase su libertad.

Al anunciarse al conde de Auvernia la conmutación de pena, que sustituía á una muerte pronta una larga y terrible agonía, declaró que pedía la ejecución del fallo, y deseaba que la tuviese cuanto antes. Tuvo, empero, que resignarse á sufrir la rigurosa clemencia del rey: trascurrieron catorce años sin que viera la luz del sol, más que por la estrecha ventana con triple reja de hierro, de la jaula de piedra en que estaba encerrado. Agobiado de desesperación, cayó pe-

ligrosamente enfermo y estuvo varias veces en peligro de muerte, sin que sus padecimientos sirvieran para templar el rigor de su cautiverio. Por fin Sully, que era gobernador de la Bastilla, se sintió algo compadecido en favor de un desgraciado que pedía la muerte como un beneficio, y lo mandó trasladar á un pabellón bien ventilado en que se le atendió con esmero. Allí se encontraba aún, cuando la muerte de Enrique IV le hizo al fin recuperar la libertad.

En vano se han afanado hasta aquí los historiadores para descubrir quien dirigió la mano de Ravillac, asesino de Enrique IV: nosotros no pretendemos haber caminado con más felicidad en nuestras investigaciones; más considerando que al verificarse tal acontecimiento había abandonado el rey á la marquesa de Verneuil, mujer odiosa y vengativa: que el conde de Auvernia no podía esperar salir de su prisión mientras viviera el real amante de su hermana; y que esta en el último período de la vida del monarca, había podido hacer frecuentes visitas al preso, no estamos muy lejos de creer que el puñal de Ravillac fué afilado en la Bastilla.

Al recobrar la libertad, tuvo el conde de Auvernia la singular ocurrencia de escribir arriba de la puerta del pabellón que había ocupado últimamente: "*Se alquila este cuarto.*" Innecesario era el aviso para el ingreso de un nuevo inquilino, no tardando en serlo el príncipe de Condé, arrestado por orden de la reina madre María de Médicis, y su favorito Concini, á quien hizo mariscal de Ancre.

La rápida fortuna de este valiente y de su mujer había suscitado mil intrigas en la corte, y el príncipe de Condé había sido uno de los más empeñados en procurar la pérdida del mariscal. La intriga que dirigía bien merece el nombre terrible de conspiración, por haber tomado bien pronto las proporciones de tal; y los conjurados no esperaban ya más que una palabra suya para enarbolar el estandarte de la rebelión, cuando Concini obtuvo de la reina la orden de prender al príncipe, que fué conducido á la Bastilla y confiado al cuidado de Thomines, gentil-hombre gascon, adicto á María de Médicis, el único que se hubiera atrevido á poner la mano sobre un príncipe de la sangre. Tal hazaña valió á Thomines el bastón de mariscal; pero la recompensa no le pareció suficiente. Obligado á vivir en aquella prisión, quiso, ya que desempeñaba el oficio de carcelero, disfrutar de los emolumentos de tal, y solicitó el gobierno de la Bastilla, á cargo entonces de Chateau-Vieux. Un subalterno de este, llamado Rose, lo pretendía igualmente, y la altivez casi amenazadora con que procedió Thomines, hizo que se le diera á Rose.

Enfurecido Thomines con lo que calificaba de injusticia, se encerró en la Bastilla, de la que declaró que no saldría, de suerte que fué necesario enviar tropas á sacarlo de allí, y se presenció el singular espectáculo de un hombre á quien se tenía que extraer por fuerza de aquella espantosa cárcel en que tantos cautivos suspiraban por la libertad.

Seis meses llevaba de preso el príncipe de Condé; y aunque reportaba cargos muy graves, y era fácil probar que había tenido la intención de apoderarse de

la autoridad real, no había trazas de que se pensara en juzgarlo, en términos de que se hacía indispensable una revolución, para que pudiera esperar salir de la Bastilla. Pronto estalló aquella.

El cautiverio de Condé no había desalentado á los enemigos del mariscal de Ancre, que continuaban urgiendo al rey y representándole su autoridad envilecida por el valimiento de aquel hombre, que con detrimento suyo ejercía un escandaloso poder. Luis XIII, débil, apático, tan falto de corazón como de cabeza, dilató mucho en tomar una resolución, y solo á fuerza de escitaciones se consiguió despertar en él alguna energía.

El 24 de Abril de 1617 mandó llamar el rey á su favorito Alberto de Luy-nes, á quien dijo que se preparara á acompañarlo á cazar.

—Pero, señor,—le contestó el valido,—¿qué dirán S. M. la reina y el mariscal, que se empeñan en que asistais al consejo cuando se trata de asuntos insignificantes?

—¡Dios mio!—esclamó el jóven monarca,—cuándo dejaré de ser tiranizado así?... Por el gran rey mi glorioso padre juro que esto no seguirá bajo ese pié!... No opinas tú también que es indispensable un cambio?

—A menudo he pensado en ello, señor, y recordaréis que con frecuencia he hablado sobre el particular á V. M., á quien soy demasiado adicto para no sentir los ataques dados á su poder.

—Pues bien, ayúdame á deshacerme de ese perverso italiano.

—Mi vida os pertenece,—contestó el ambicioso favorito.

Abocóse en el acto con Vitry, capitán de guardias, y le repitió las palabras del rey. Vitry, tan audaz como ambicioso, resolvió aprovechar la ocasión, que tal vez no volvería á presentársele, de dar un golpe decisivo, y quedó resuelta la muerte de Concini.

Una hora despues, al entrar al Louvre el mariscal de Ancre, se le acercó Vitry en compañía de su cuñado Persan y de otro oficial, y pidió al italiano su espada en nombre del rey. Concini hizo un movimiento de sorpresa, y fingiendo Persan tomarlo por una tentativa de resistencia, le disparó un balazo á quema ropa: Vitry y el otro oficial lo imitaron en el acto, y el mariscal cayó muerto.

—Ahora sí soy ya rey!—esclamó Luis XIII cuando le contaron lo que había pasado.

Y alentado con tan heroica hazaña, mandó vigilar á su madre, despues de lo cual, tocando en el hombro familiarmente á su capitán de guardias, le dijo:

—Estoy contento contigo, Vitry, y en recompensa, te nombro mariscal en reemplazo de ese perverso italiano, á quien tan ásperamente has tratado por el bien público. A ti, Persan, te doy el gobierno de la Bastilla, á donde encerrarás ahora mismo al tesorero Barbin, que tantos daños ha hecho á la hacienda con auxilio de mi señora madre, y á la muger de Concini, á quien me propongo hacer juzgar por el parlamento.

Persan, de lo mas contento, corrió á apoderarse del tesorero, que medio muerto de susto se dejó llevar á la Bastilla por los guardias, sin pronunciar una palabra. Por el contrario la mariscala, que acababa de saber la trágica muerte de su marido, desplegó suma dignidad en aquel trance.

—Dispuesta estoy á seguiros,—dijo á Persan;—pero os prohibo que me toqueis. El rey puede disponer de mi libertad; pero no puede querer que una muger honrada con la amistad de su madre, se manche con el contacto de un asesino.

—El rey, señora, aprecia de distinto modo que vos los servicios que he tenido la fortuna de prestarle, y de los que se ha dignado recompensarme con el gobierno de la Bastilla, donde probablemente será larga vuestra residencia.

Habló así con un tono de amenaza que la mariscala comprendió perfectamente, sin alterarse.

—Debo ir delante ó detras de vos?—le preguntó con frialdad.

—Pasad, señora: abajo os está esperando una carroza.

Persan hizo seña á los guardias que estaban en la puerta, de que abrieran paso: la mariscala salió con paso firme, y subió al carruaje, que se encaminó á la Bastilla, rodeado de soldados.

El nuevo gobernador, que había montado á caballo, llegó primero á la fortaleza, y estaba ya en posesión del mando cuando se presentó la prisionera, á la que recibió personalmente, y á la que condujo al sitio que le había destinado, acompañándolo un mayor y un llavero. En medio de esa escolta atravesó la de Ancre el patio principal y la calle por donde se entraba al del Pozo, al extremo del cual paró el triste y silencioso cortejo, y el mayor, á quien dió un manojito de llaves uno de los carceleros, abrió una puerta baja, colocada arriba de una escalera de piedra negra y húmeda que parecía sepultarse en las entrañas de la tierra.

—Pues qué,—esclamó la mariscala con espanto,—vais á enterrarme viva?

—Señora,—contestó Persan,—obedecemos la orden del rey.

—No, no, es imposible: lo que os dije hace poco os ha ofendido y tomáis una horrible venganza....

—Vaya, señora, seguid al mayor, y no me obligueis á emplear la fuerza.

El mayor, en efecto, había bajado ya algunos escalones. En vez de seguirlo la prisionera retrocedió horrorizada.

—Señor!.... señor!....—dijo agitada con un movimiento convulsivo,—perdon.... os pido perdon....

No pudo hablar mas, y cayó desmayada. Al recobrar el uso de sus sentidos se encontró en uno de esos horribles calabozos que hemos descrito ya. En un rincón había una poca de paja, sobre la cual se había acostado á la infeliz mariscala.

Algunos días despues, cuando se hizo salir á la prisionera de su tumba, para llevarla á la sala de los interrogatorios, se había puesto inconocible. Asustó á

Persan el cambio, en virtud de haberse prometido todos los bienes de Concini al valido Luynes, si se pronunciaba sentencia condenatoria; y era claro que si la mariscala moría antes de darse el fallo, parte de esas riquezas era pérdida para el ávido cortesano, quien no dejaría de atribuir el chasco al nuevo gobernador. Dió, pues, este orden de que se llevara á la de Ancre á mejor habitacion, despues del interrogatorio.

Trabajo habia costado encontrar cargos que hacer á la desgaciada, que si bien habia sido vana, caprichosa, ridícula, estos no son motivos, como dice Voltaire, para cortar á nadie la cabeza. Ya que no se podia otra cosa, se le imputó el delito de haber escrito á Bruselas y Madrid unas cartas insignificantes; de haber sido cómplice en el asesinato de Enrique IV, de lo cual no habia prueba alguna; y de magia y hechicería, como arbitrio desesperado. En un interrogatorio le preguntaron si no habia hecho que unos religiosos sahumaran, con un incensario de plata, las cuatro esquinas de su casa, y si no habia mandado llevar á la iglesia de los Agustinos un gallo vivo y con plumas, el cual habia cantado tres veces en el altar mayor. A preguntas tan estúpidas é increíbles, la acusada no contestó mas que con una sonrisa de desprecio.

—Sin embargo,—le dijo el juez,—parece seguro que habeis hechizado á la reina madre, pues no se esplica de otro modo el poder que ejercéis sobre ella.

—Ese poder,—replicó la mariscala enderezándose con altivez,—no era otro que el que ejercen las almas fuertes sobre las débiles.

El proceso comenzado en la Bastilla, se terminó en la Conserjería, á donde se trasladó á la de Ancre, y el 8 de Junio de 1617 se pronunció la sentencia que declaraba á la infeliz, culpable de lesa magestad divina y humana, y mandaba que en reparacion de sus crímenes se le segara la garganta, se quemara el cadáver, y se arrojaran las cenizas al viento.

Al ir á notificársele el fallo quiso bajarse la cofia para ocultar las pocas lágrimas que le mojaban los ojos; pero se le obligó á escuchar á rostro descubierto. Tal exceso de crueldad, léjos de abatirla, reanimó su valor: arrastrada al suplicio en una carreta, no dejó de ver con semblante tranquilo á la muchedumbre que la rodeaba; y ni el aspecto del cadalso, levantado en la plaza de Grève, ni el contacto del verdugo, ni el silbido de las llamas que parecían reclamar su presa, fueron poderosos á alterar la serenidad de sus facciones. Tanto valor cambió súbitamente los sentimientos del pueblo, que por tanto tiempo la habia incluido en sus maldiciones: todos los ojos se arrasaron en lágrimas, y enmedio de un triste silencio se ejecutó la monstruosa sentencia, arrancada á jueces sin conciencia ni corazon.

Poco despues se pasó al príncipe de Condé de la Bastilla á Vincennes, así como á la princesa su muger, que voluntariamente habia ido á participar de su cautiverio. El tesorero Barbin seguía en el calabozo en que lo habia metido Persan; mas la reina madre, que no dejaba de intrigar, á pesar de estar desterrada, y que temia que el tesorero tratara de minorar sus propios padecimientos con

revelaciones que hubieran hecho imposible la vuelta de ella á la corte, logró alcanzar del implacable gobernador que tratara ménos mal á aquel preso, y se trasladó á Barbin á uno de los cuartos de la torre de la Libertad.

Esta mejora de posicion le hizo concebir de nuevo alguna esperanza; y como era diestro, esperto y artificioso, resolvió no perdonar medio para salir en libertad. Conociendo á Persan hacia mucho tiempo, calculó que no le seria difícil convertirlo en instrumento de su salvacion, y con tal objeto solicitó hablar al gobernador, anunciando que tenia que hacerle revelaciones de la mayor importancia, que este era siempre el prétesto mas eficaz para obtener audiencia de aquellas viles sanguijuelas.

—Señor gobernador,—dijo á Persan,—sé que sois hombre de capacidad, que veis las cosas desde muy léjos, y por eso me tomo la libertad de comunicaros el cálculo siguiente.

Persan, que esperaba revelaciones, frunció el entrecejo; pero Barbin, con la mira de predisponerlo á su favor, se apresuró á manifestarle que lo que le queria confiar era relativo á materias de hacienda, en las que los guarismos son indispensables, y agregó:

—Adopto por base que vuestro gobierno os produce un año con otro, unas veinticinco mil libras por junto, y calculo que no lo conservaréis arriba de diez años.

—¡Cuernos del diablo!... os habeis vuelto loco?

—Calmaos, señor gobernador: léjos de haber perdido el juicio, me siento hoy mas en mis cabales que nunca, como vais á verlo. Diez años á razon de veinticinco mil libras cada uno, dan un total de doscientas cincuenta mil, que será lo que habeis ganado cuando vuestros bigotes comiencen á encanecer; y como durante ese tiempo os habeis comido la mitad de las utilidades, os quedarán ciento veinticinco mil libras para el último tercio de vuestra vida.

—Cuidado, maese Barbin: estais abusando de mi paciencia, y puede que tengais que arrepentiros de ello.

—Así es que,—continuó el ex-tesorero, sin hacer caso de la interrupcion,—si pudiérais en pocos dias ganar esa suma, que no juntaréis sino al cabo de diez años de tristeza, de soledad, casi de cautiverio, locura seria vacilar. Pues bien, haciendo todavía en favor vuestro cuenta de lo mas que pudiérais lucrar, hago subir la ganancia de los diez años á cien mil escudos, y os ofrezco entregaros esta cantidad, si consentis en presentar vuestra renuncia.

—Diantre!—contestó Persan:—bien advierto que me detestais de corazon; mas á lo ménos obrais con franqueza. Parece, mi querido tesorero, que los millones amontonados en tiempo de Sully en este lugar en la torre del *Tesoro*, y que vos mandásteis sacar, no han pasado íntegros á manos de la reina madre, sino que algo se ha pegado á las vuestras. Razon teniais en hablar de una operacion financiera de notoria entidad: veamos el fin.

—El fin está ya dicho: lo que falta esplicar es lo accesorio. Primeramente,

si me lo permitis, escribiré ahora mismo cuatro renglones, con los que podreis, dentro de una hora, recibir la tercera parte de la suma.

—Cien mil libras!

—Cien mil libras al contado y en buena moneda. En segundo lugar, consentiréis en que escriba á la reina madre, y en que se me entregue su respuesta.

—Miserable!... ya comprendo la intriga....

—No podeis comprenderla, porque no existe. Leeréis mis cartas y las de la reina madre, y ademas, yo seguiré bajo vuestra férula, férula terrible, que tengo ya bien conocida! Cada carta mia os valdrá veinticinco mil libras, y otro tanto cada respuesta, de manera que á las cuatro habreis completado las 200 mil libras restantes. Luego que esteis cubierto, haréis vuestra renuncia de este gobierno; lo que no podrá ménos de grangearos la estimacion del rey y de Mr. de Luynes.

—Y vos?—preguntó el gobernador asombrado.

—Yo permaneceré aquí, mientras S. M., nuestro amo, se digne mandarme juzgar.

—Siendo así, confieso que no entiendo jota.

—Creo, sin embargo, haberme espresado con toda claridad: cien mil libras de luego á luego, y....

—Ya eso lo he comprendido; ¿pero el desenlace?

—El desenlace scrá que vos enriqueceréis, y que á mí tal vez me cortarán la cabeza.

—Comencemos, pues, por los cuatro renglones.

Barbin se sentó á escribir en el bufete del gobernador, y puso lo que sigue:

“Mi fiel servidor Mateo Bernou entregará al portador en el acto, y sin hacerle pregunta alguna, la cantidad de cien mil libras, ecistente en el tercer secreto del baul de la sala baja.”

“Fecho en la Bastilla, á....”

Y firmó.

—Ya sabeis donde vivo,—dijo á Persan, dándole el papel:—id, pues, á mi casa, sin compromiso por parte vuestra; quiero probaros que os reputo hombre leal, y que tengo confianza en vos.

La tentacion era demasiado fuerte para que Persan pudiera resistir: así es que fué á casa de Barbin, y una hora despues volvia á la Bastilla con las cien mil libras, figurándosele aquello un sueño, por lo fabuloso que era. Dióse prisa á mandar llamar á Barbin, á quien dijo que podia escoger entre todas las habitaciones destinadas á los presos, la que le gustara mas.

—No quiero incomodar á nadie,—respondió con modestia el ex-tesorero,—y estaré contento con tal de que no me falte vuestra benevolencia. Y ahora, señor gobernador, puedo escribir?

—No hay inconveniente, puesto que nada veo en ello contrario á los intereses del rey.

En consecuencia, entró Barbin en correspondencia epistolar con la reina madre, pagando las cartas de uno y otra el porte de veinticinco mil libras cada una. Persan, empero, no habia contado con el favorito Luynes, que lo habia rodeado de espías, conociendo de lo que era capaz; y cobrada la tercera carta, se estaba en espera de la segunda respuesta, cuando se aumentó la guarnicion de la Bastilla con un suplemento de suizos. Persan no pudo huir como lo intentaba: arrestado por orden de Luynes, firmada de la real mano, fué al punto encerrado en el calabozo en que tan inhumanamente habia metido á la mariscal de Ancre.

De Luynes hizo entónces dar el gobierno de la Bastilla á Bassompierre; pero á poco varió de parecer, y comprendiendo de cuanta importancia era aquella fortaleza en manos de un hombre de resolucion, confirió á Bassompierre otro cargo, y se nombró á sí mismo gobernador.

De escasa duracion fué este último capricho del valido: el título de condestable que acababa de otorgarle Luis XIII, lo obligó á renunciar sus funciones de carcelero mayor en el mariscal de Vitry, quien encargado poco despues de un mando importante, cedió su gobierno á Breauté, hermano de Luynes.

En cuanto á la correspondencia epistolar de la reina madre y Barbin, aunque insignificante en apariencia, produjo un resultado inmenso. Maria de Médicis volvió á la corte, á pesar del mismo Luynes; el príncipe de Condé salió de Vincennes, y Barbin recobró la libertad.

A poco tiempo murió Luynes, de edad apénas de treinta y dos años; y Breauté, nombrado duque de Luxemburgo, legó el gobierno de la Bastilla á Duhalier, hermano de Vitry.

Entónces apareció la gran figura de Richeliën, y entró de gobernador en la fortaleza Leclerc du Tremblay, hermano del padre José, el confidente y consejero del cardenal.

Richelieu fué á la vez grande y terrible: no era uno de esos tiranos mezquinos que se guían por acontecimientos secundarios: su vasta inteligencia lo abrazaba todo, y llegado apénas al punto de partida, adivinaba ya el desenlace.

Bajo la administracion de un hombre de ese temple, no debian faltar presos á la Bastilla y seria fastidioso mencionarlos aquí. Qué importan los nombres? Hechos son los que necesitamos, y hechos vamos á referir.